

Juego y juguetes

Los niños, con su candor y su inocencia, juegan a hombres; hacen gala de una pasmosa seriedad en sus infantiles entretenimientos. Cuando los hemos visto en su recreo alegre, fusil de palo al hombro, o construyendo frágiles y minúsculos edificios, brillantes los ojos, sonrientes los labios, nos han parecido, en verdad, hombres pequeñines que tallan en su cotidiano vivir. ¿Y quién duda esto? ¿No es el juego, quizá, el deseo de realizar un sueño? ¿Y no es el hombre un soñador, sin saberlo tal vez, que trabaja y padece para conseguir una ilusión? Hasta los más prácticos, los más materialistas van en pos de un fantasma, o viven en el engaño de una posesión ficticia, y son sus ojos visionarios quienes dan sensación de existencia a lo que solo vive en el deseo. Los niños juegan a hombres; el hombre vive un juego de niños.

Pero lo que en unos no trasciende a nada, y cuando se les rompe el juguete o se les estropea la diversión, su lo les produce pasajera rabia, en el otro, por sentirlo real, por creerlo y tomarlo en serio—ya que es su vida, la que para sí quiere—, es causa de graves trastornos y dolorosas consecuencias.

¿No habéis observado ese luchar de pueblos—conjunto de hombres—por un improductivo trozo de tierra o por la sombra vana de una idea o un pensamiento, que nunca llega a realizarse? Es decir, el trágico juego de disputarse lo que no es de nadie o es común a todos, con ciego afán de chiquillos, con desesperado furor de locos; y lo mismo que la cerrada obstinación infantil olvida, con frecuencia, que el fin del juego es la distracción y el gozo en el amable encanto de la idealidad, el atonamiento y la pasión del hombre le hacen olvidar, también, que el otro juego, el de la vida, debe tener

una mejor y más alta razón de ser.

El llanto, el pataleo, la agresión pueril, están bien en el carácter ingenuo del niño, que pronto olvida; el rencor, la venganza, la lucha unos con otros, a ciegas, sin motivo, no cuadran a la madura reflexión del hombre. Aunque, por desgracia, fatalmente, la acción impulsiva va siempre delante; es el luego, después de obrar, cuando se piensa, cuando se buscan razones para explicar lo hecho. La vida humana es un admirable juego, donde se valoran objetos y cosas que no tienen valor, y en busca de las cuales nos lanzamos veloces, juguetes de nosotros mismos, para acabar, como niños, golpeando y destrozando.

MICHEL MOLINA